

El 'Aplec de la Santa Creu'

obtuvo un éxito sin precedentes

En Romayá de la Selva se celebró el domingo la fiesta de la Santa Cruz, de acuerdo con los actos que integraban su programa y que en ediciones anteriores publicamos en estas páginas.

De toda la comarca y de la capital gerundense fueron en gran número los asistentes, destacando la participación guixolense que fué sin duda superior a todos sus precedentes.

El éxito más lisonjero coronó la jornada, por lo que felicitamos a sus organizadores y de una manera especial al Sr. Párroco de Bell-lloch y Romayá, don Gumersindo Vilagrán, alma y nervio de la fiesta.

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

14 DE MAYO DE 1953

Correos de las
LETRAS

NUESTROS LIBROS

LA FAMILIA ROUQUIER

El último premio de novela catalana «Joanot Martorell», fué otorgado al autor Xavier Ben-

guerel, residente en Chile, por la novela cuyo título damos, y que es parte de la historia de una familia barcelonesa a principios de siglo. El premio Joanot Martorell fué instituido para premiar la mejor novela anual escrita en lengua catalana. Fueron los ganadores en las tres ediciones anteriores Cèlia Sunyol, Maria Aurèlia Capmany, y Josep Pla, por «Primera Part», «Necessitem morir» y «El carrer estret», respectivamente.

Hemos de ser francos y declarar que hoy por hoy nos faltan novelistas. De las cuatro novelas antedichas la mejor es, a nuestro modesto juicio «El carrer estret», y casi no es una novela, sino una crónica. Y nos faltan novelistas por falta de cotidianidad en el manejo de la lengua, porque tenemos excelentes prosistas, incluso magníficos lingüistas, pero nos falta el uso racional de la lengua en la conversación y el sentido de la normalidad en su empleo: la mayoría de nuestros prosistas no aciertan a encontrar el tono medio, ni demasiado literario ni demasiado vulgar, en los diálogos. ¡Ah, esa piedra de toque que es para todo prosista, el diálogo!

Bien, la novela de Benguerel tiene de todo. Fallos, muchos aciertos; el resumen es francamente positivo. La Familia Rouquier —de origen suizo, afincados en Barcelona— tiene vida animación exterior, y hay varios personajes perfectamente dibujados, como Gustau, como Isabel, como ese Monsieur Rameau No queda tan definido el protagonista, Joan, y el lector, al final, se queda un tanto sin saber que clase de personaje ha querido pintarnos Benguerel. Aparte de que es totalmente

irreal, quiero decir, en lo tocante a su posibilidad de existir, no sólo física, sino como ente imaginado. Es un producto cerebral, bueno para una novela abstracta, al tipo de «Angelika» de Frank Thies, o fantástico-allegórica, como «Enrique de Offerdingen», de Novalis. No para las páginas de un libro con un sabor realista casi total, donde hay personajes apasionados, personajes que lloran, ríen, se exaltan, viven, y nunca piensan en analizarse ni en limar su propio mundo interior, como hace Joan Rouquier, para quien la vida ha de ser egoísmo, defensa de la propia soledad, pero no de una soledad virtuosa y fructífera sino egolátrica, poniendo el mundo por entero al servicio de todos sus apetitos.

En realidad, el proceso del protagonista, tan cerebral, repito, era tema para otra novela, para una posible gran obra «hacia adentro», tal vez una novela filosófica. Nos hemos quedado a mitad de camino. El realismo tan vivo de los demás seres de la novela diversifica nuestra atención.

Bienvenida, con todo, esta novela de Benguerel. El autor que se reveló con «Pàgines d'un adolescent», y que confirmó su valía con «L'home i el seu àngel», ha ganado un nuevo galardón. Ello mantiene la continuidad del premio «Martorell», y contribuye a avivar el rescoldo de nuestra desmayada atención social para con nuestras letras. Y ahora, esperaremos al año próximo para hablar del nuevo premio «Martorell». Mientras tanto, no perderán nada quienes lean «La familia Rouquier».

J. V. A.

Sintoniz

Bien vale la pena

Todos tenemos en la vida nuestro día sentimental. El secreto está en dar puntual todas las noches aquel poquito de cuerda al corazón para que con su bello despertar, a la mañana siguiente, perdone y olvide las ingratitudes que la vida pudo darle el día anterior y tome fuerza y consejo para resistir las que invariablemente volverán a caerle encima durante el día que sigue a su nuevo despertar.

Más que la edad, importa aquí el temperamento. Evadirse del vegetal, que al fin de cuentas es lo único que se pudre, porque la vida lo ha carcomido su poquito cada día. Veinte, cuarenta, sesenta años, pueden, y en muchos casos son una misma edad, cuando no falta la ciencia que produce este milagro.

ANCORA nunca hubiera existido ni menos aún seguiríamos dándole nuevos ímpetus de vida, a no ser porque esa hora sentimental tomó en nosotros el cuerpo y rigidez de un verdadero precepto.

El valor y trascendencia de esas horas vividas en la comunión e intimidad de nuestros entusiasmos, es a veces, como en nuestro caso y cara a los demás, de unos efectos realmente maravillosos.

Entre los mil ejemplos que podríamos aportar logrados en el decurso de nuestra ya larga vida como semanario, ahí está una carta al Director, recibida la

(Termina en la pág. 4)



LA BUTACA

por L. D'ANDRAITX

¡Cien pesetas me dieron por mi pobre y vieja butaca! La oigo aún crujir levemente, en un tímido gemido de impotencias. — su triste adiós, — cuando se la llevaron. rota, marchita...

Quedó un vacío enorme en el hueco de las dos paredes, en donde ella había estado. Aquel rincón me pareció más hondo, con yertas concavidades, desamparado como una encía sin dientes, como una campana sin badajo.

Me apresuré a sustituirla. Y vino otra; y no obstante, el vacío aquel permaneció. Algo había huido, definitivamente, de mi sala, de mi estancia. Me azaré al comprobarlo, azotándome, al mismo tiempo, una extraña culpa de infidelidades, una angustia agobiante de traiciones...

Diez años de compañía, tres mil y tantos días de reposar en la vieja silla, de soñar, la cabeza apoyada en su respaldo, sueños de mundos no hollados.

Diez años aprendiendo a querer desde ella el pequeño gabinete y todos sus objetos.

Desde la butaca, mi perspectiva era una, determinada. Como una y fija era también la iluminación que caía sobre las cosas de mi alrededor, que, a la par, modificando sutilmente su color, les daba un aspecto, dentro de su invariable forma, único y característico.

La estantería repleta de libros, asomando sus lomos abombados o planos entre las flores de la cretona, — siempre un poco descorrida—, que los cubría, la veía desde mi asiento algo más baja, algo más larga de lo que es en realidad, en una deformación que se me había hecho familiar. Las mismas figuritas colocadas sobre el mueble, una jirafa de barro cocido, esmaltada absurdamente de azul, excepto los cuernecitos blancos, un jarrón de cristal de Checoeslovaquia con adornos negros, — juego atrevido y logrado de absolutas opacidades sobre puras transparencias—, y una galera con remos y velas de plata dejaban en la pared una sombra, de perfiles conocidos, como una orla. Y la sombra, así, más que sombra, era parte de un todo indisoluble.

Desde la moderna y desde luego más hermosa butaca todo cambió.

La estantería era otra, los reflejos del jarrón se desviaron, la jirafa levantó una miajita la cabeza en arrogancias que no tenía, los remos de la galera ya no daban la sensación de rozar la superficie de un mar imaginario, y sobre todo las sombras se achataron de un modo grotesco en agudas desproporciones; y, despegados de ellas, los objetos quedaron solos y extraños.

Perdí la intimidad con mis cosas. En la nueva butaca, como un castigo, sólo pude sentarme, pero no conseguí reposar.

Hasta mí llegaban y dentro de mí interferían los aleteos de aquellas vidas, en apariencia estáticas, cuya posesión completa había perdido, en un desacorde de antagonismos.

¿Cómo poder descansar en un ambiente de vivencias rotas, rotas a golpes de destemplanzas?

Reposo en es equilibrio y es armonía, es conocer y saber, paz y amor, abandono en un mundo de afinidades

Será preciso comenzar de nuevo. Aprender las cosas en su nuevo aspecto; y no intentar el ajuste imposible con una visión perdida.

En acto de confesión y de desagravio, quedará confinado en mi bolsillo, sucio y repugnante como cualquier papelucho de traicionera venta, un arrugado e inútil billete de cien pesetas.

UN ACTO A RECORDAR

LA I EXPOSICION - CONCURSO DE FLORES

El domingo pasado, a las doce y media, conforme estaba anunciado, inauguróse solemnemente la Primera Exposición - Concurso de flores que, bajo la iniciativa y patrocinio del Mºco. Ayuntamiento, tuvo lugar en el patio del Palacio Municipal.

Por ser la primera vez que se da, en nuestra ciudad una manifestación tan delicada y artística, el anuncio de la misma había despertado vivo interés entre nosotros y que, a decir verdad, no resultó en ningún aspecto defrau-

dado.

En el mismo acto de su inauguración el Jurado emitió el siguiente veredicto:

Hnas. Albertí Sorribas, a la mejor rosa.— Asunción Turón, al mejor clavel.— Luis Albertí, a la mejor flor original.— Vicente Barsart, al más bello conjunto de rosas, — Rosa Sánchez Vilanova, al mejor de claveles.— Hnas. Albertí Sorribas, al más bello conjunto de flores.

Dicha exposición se ha visto muy concurrida y visitada.